



Barcelona, 15 de febrero de 2008

¿Qué nos pasa?

por Francesc de Carreras

Es famoso el brillante diagnóstico de Ortega y Gasset en respuesta a la pregunta que se formula en el título: “¿Qué nos pasa? Nos pasa que no sabemos lo que nos pasa”, contestó el filósofo. ¿Es ésta la actual situación de España?

Quizás sí, porque llevamos un tiempo en que en el mundo de la política no se oyen más que disparates. Recalquemos algo positivo: esto sucede sólo en el mundo de la política, no, afortunadamente, en los otros aspectos de la vida social. Los ciudadanos, en general, están tranquilos, hacen su vida con normalidad y contemplan, entre pasmados e irritados, los despropósitos diarios. Si hace dos semanas fue el numerito entre Esperanza Aguirre y Gallardón, en los últimos días, entre otros desatinos, hemos quedado estupefactos con las ocurrencias de Zapatero.

Efectivamente, estos días han sido particularmente funestos para el gobierno socialista. Ya pueden dar las excusas que quieran pero lo cierto es que el regalo de 400 euros a algunos contribuyentes si el PSOE gana las elecciones ha sido percibido, y no podía ser de otra manera, como una pura y simple compra de votos. El regalo cuesta en total cinco mil millones de euros: hacia 850.000 millones de las antiguas pesetas. No está mal. Y aquí hay que destacar la sana reacción general: a nadie le amarga un dulce –un dulce baratito, 33 euros por cápita al mes– pero el personal se ha sentido vejado en su dignidad. ¡Cuatrocientos para Botín y también cuatrocientos para el último de la fila! Por favor... Nadie ha creído en las razones del poder. Pero Zapatero, sonriente e incansable, ha seguido prometiendo. Ya que se ha preocupado últimamente por los trenes de cercanías en Barcelona, ahora ha prometido 5.000 millones de euros para Madrid. Siempre 5.000 millones, curiosa coincidencia, números redondos. Ahí han saltado los políticos catalanes, tan inefables como previsibles: “ahora nos toca a nosotros, a Madrid no, esto no vale, ZP no cumple”. Cinco mil más cinco mil son diez mil: menuda campaña electoral, con cargo al Estado, para tiempos de crisis económica. Nuestro presidente es más cigarra que hormiga, por lo menos en las promesas, que después ya se sabe... Improvisación y frivolidad, la tónica general de cuatro años de gobierno.

Y no hablemos de otras cosas: las prisas al Tribunal Supremo para que ilegalice a los partidos vascos que todos sabíamos que obedecían a

Batasuna, la cual, a su vez, obedece a ETA; los juzgados especiales para desahucios de pisos, afortunadamente frenados por el Consejo General del Poder Judicial. ¿Cuántas tonterías más veremos hasta el 9 de marzo?

Pero Zapatero es afortunado. En su ayuda han acudido los benditos obispos. ¿Cuántos votos le han caído al PSOE tras su infumable documento? Para mí que bajo este empaque tan melifluido y conservador, en la Conferencia Episcopal se esconden unos peligrosos rojillos dispuestos a que no gane Rajoy. ¿Qué nos pasa?

La Vanguardia, 5 de febrero de 2008.

Albert Rivera acusa al PSC de involucionar imponiendo una única lengua en Cataluña

El presidente de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía (C's), Albert Rivera, ha acusado al PSC y CiU de “ir para atrás como los cangrejos e involucionar imponiendo una única lengua mientras la sociedad catalana evoluciona”. Rivera ha defendido en el Parlamento un modelo bilingüe que reemplace la inmersión lingüística obligatoria que durante 23 años “ha impuesto CiU y ha heredado, apretando todavía más las tuercas, el Tripartito”. Rivera ha comentado que la propuesta de resolución presentada por CiU es en realidad “una cuestión de confianza a un modelo fracasado” porque el 70% de los padres, según una encuesta del CIS, no está de acuerdo con un modelo escolar en una única lengua. Asimismo, Rivera ha dicho que “su sistema lingüístico impositivo se está agrietando”.

El presidente de C's ha negado categóricamente que la cohesión social de los catalanes pase por imponer el catalán sino que la “cohesión se consigue con la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, mejoras en sanidad, vivienda, etc”. También ha preguntado “cómo pueden afirmar que la cohesión está en peligro por explicar las matemáticas en castellano y la filosofía en catalán”. CiU y el Tripartito se escudan –a juicio de C's– en el modelo lingüístico escolar para no hablar de lo que hacen en realidad: “usar la lengua para conseguir su proyecto de construcción nacional”. En este sentido, Rivera ha señalado que “C's no lo permitirá porque queremos que cada uno hable en la lengua que desee”. Igualmente se ha preguntado “qué miedo tienen en dar a los ciudadanos los derechos que tienen reconocidos en la Constitución”. Para el líder de C's, “algunos han caído en el error de la imposición de buena fe, pero otros para mantener el chiringuito”, y añadió: “se han equivocado de estrategia porque están haciendo del catalán una lengua antipática, la lengua de las sanciones”. Y ha recordado que “la sociedad ha demostrado que no acepta las imposiciones y las termina tumbando”.

Rivera ha recordado que a diferencia del ex presidente Maragall, quien dijo que “el ADN de los catalanes es la lengua”, para él “es el respeto y el juicio”. Y ha criticado que el PSC, “que se hace llamar

socialista y progresista, niegue derechos a los ciudadanos poniendo barreras laborales y lingüísticas dentro de Cataluña”.

Rivera ha recordado el modelo del histórico de CiU, Ramón Trias Fargas, que en 1978 defendió en el Congreso que los alumnos de EGB y BUP pudieran ser educados en su lengua materna: catalán y castellano. Por ello Rivera ha acusado a CiU y PSC de “estar en un proceso de involución”.

Despolitización y sensatez

por Francesc de Carreras

Las recurrentes polémicas sobre la política lingüística catalana tienen casi siempre un punto de partida que hace estéril el debate. En efecto, quienes mantienen posiciones críticas con algunos aspectos de la política lingüística suelen ser descalificados previamente a través de tres falacias argumentativas: el ataque personal, la deformación de sus argumentos y el juicio de intenciones. En esto se distingue esta polémica de las demás.

Un ejemplo de ataque personal lo formuló recientemente desde estas mismas páginas Francesc-Marc Álvaro en su artículo Frankenstein vuelve a casa (*La Vanguardia*, 14/ I/ 2008). Entre otras lindezas, Álvaro tacha a los discrepantes - destacando algunos ejemplos- de “monstruos”, “bichos”, “engendros” que se han alimentado “en las ubres de la derecha españolista, sector neofalangista”. Ante tal prodigio de sutileza, sobran los demás argumentos. En otros casos, se rebate (sic) a los críticos diciendo que estos alegan que el castellano ha desaparecido de Catalunya o que está prohibido, lo cual es obviamente falso: el problema que estos críticos señalan es otro, al cual ni se alude.

Por último, el juicio de intenciones sobre estos críticos es siempre el mismo: quieren acabar con el catalán.

Con ello el razonamiento se da por concluido; sin argumentos válidos, con meras falacias. ¿Por qué?

Creo que lo que se pretende es infundir miedo para que una de las partes no pueda expresarse con argumentos y razones ante la opinión pública. Es una opinión común - y equivocada- que la política lingüística en Catalunya ha permanecido inalterable desde los comienzos de la autonomía. Ello no es así: la legislación ha ido cambiando y la práctica también. Lo que se quiere ocultar es, precisamente, este cambio, esta sigilosa sustitución del bilingüismo por el monolingüismo catalán - por supuesto en las instituciones públicas, no en la sociedad- que todavía no ha terminado. Lo que se pretende es anular la crítica diciendo que desde el principio ha habido acuerdo y que no hay motivos para revisarlo.

Porque en el principio, efectivamente, hubo acuerdo, un amplio acuerdo básico que se plasmó en la Constitución, en el Estatut de 1979 y en la ley catalana de normalización lingüística de 1983. Este acuerdo puede sintetizarse en tres grandes ejes: primero, el catalán y el castellano son lenguas oficiales; segundo, la libre opción lingüística es un derecho de todos los ciudadanos; tercero, el catalán

es una lengua minoritaria en el mundo y debe protegerse de manera adecuada. Este acuerdo, oficial y formalmente, todavía subsiste (estos tres principios, por ejemplo, están reconocidos en el nuevo Estatut); sin embargo, cierta legislación posterior y, sobre todo, la práctica, lo han vulnerado repetidamente.

Así, del catalán como lengua oficial que podía utilizarse con total libertad y que debía ser protegido por tratarse de una lengua débil, se ha pasado - desde la segunda mitad de los años ochenta- al catalán como instrumento de la construcción nacional de Catalunya. La lengua es utilizada como arma de la política, como signo de identidad colectiva.

La lengua es, antes que nada, un instrumento de comunicación entre los seres humanos. Dado que una sociedad es, además de otras cosas, un conjunto de personas que necesitan comunicarse entre sí, los poderes públicos deben cuidar de que ello se lleve a cabo respetando la libertad de cada uno, sin imposiciones desproporcionadas a su finalidad, a su libre comunicación. Lo importante no es la lengua que se habla, sino que los ciudadanos se entiendan entre sí lo mejor posible. Para ello, los catalanes poseen un gran bien cultural: dos lenguas. Desde la infancia pueden aprender fácilmente estas dos lenguas, lo cual les servirá para comunicarse mejor con los demás y estar en mejores condiciones para aprender otras, hoy indispensables en un mundo globalizado. La lengua vehicular de la escuela no debe ser sólo el catalán sino, además, también el castellano. Ambas deben utilizarse con normalidad desde la primera infancia, sin grupos separados por aulas ni por centros. Así lo dice la ley catalana de política lingüística: “El alumnado no ha de ser separado en centros ni en clases diferentes por razón de su lengua habitual” (art. 21.5). Y también dice: “Los niños tienen el derecho a recibir la primera enseñanza en su lengua habitual, ya sea esta el catalán o el castellano” (art. 21.2).

La actual polémica sobre el derecho de los niños a ser educados en el primer tramo de enseñanza primaria - de 6 a 8 años- en la lengua que sus padres deseen no exige cambios legislativos, ni separación en grupos o centros. Solo exige lo que ahora, en teoría por lo menos, no sucede: una interpretación razonable de la ley vigente. Los jóvenes aprenden sin darse cuenta dos y tres lenguas - o más- a la vez. ¿Tan difícil es que un maestro o maestra se dirija a sus alumnos de estas edades indistintamente en ambas lenguas - y a ser posible en inglés- con total naturalidad, como tantos padres y madres hacen en las propias familias? La política lingüística necesita, antes que nada, despolitización y sensatez, la sensatez que tienen los ciudadanos de Catalunya en sus relaciones personales.

La Vanguardia, 14 de febrero de 2008.

C's

fedBcn

www.ciutadans-ciudadanos.com
www.ciutadans-bcn.org